



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera -  
n° 303 (2ª Época). Diciembre 2017.

### En este número

1. **Verdades a medias.** *José María García de Tuñón Aza*
2. **La falacia federalista.** *Carlos León Roch*
3. **Encuentro con Payne.** *Manuel Parra Celaya*
4. **El Sigfredo Hillers que yo conocí.** *José Lorenzo García*
5. **Entre la saña y la antipatía.** *Miguel Ángel Loma*
6. **Feminismo, justicia social y Falange.** *Mercedes Valdivia*
7. **El donoso escrutinio.** *(La vida por José Antonio)*
8. **La fascinación inglesa por Isabel la Católica.** *Lorenzo Buenaventura*
9. **Aquella noche (Once glosas desordenadas).** *Camilo José Cela*
10. **Ramón de Bastera, profalangista.** *Alfaraz*
11. **La enterada.** *Arcadi Espada*

## 1

## La poesía de José Antonio y algo más

José María García de Tuñón Aza

Hace años, las monjas Benedictinas, del Monasterio San Pelayo de Oviedo, publicaron un libro en el que colaboraban varios autores. Uno de ellos fue el ya fallecido Manuel F. Avello, que había sido cronista de la capital del Principado de Asturias, quien, bajo el título de Oviedo y el Monasterio de San Pelayo, narra hechos históricos que se remontan a la Alta Edad Media y que, según una antigua tradición, es fundado por el rey Alfonso II el Casto (791-842), bajo el nombre de San Juan Bautista, aunque será a finales del siglo X cuando tome la titularidad de San Pelayo al acoger el cuerpo santo del Mártir.



Avello, cuando va acercándose al final de su historia no puede olvidar las vicisitudes por las que pasó el Monasterio y sus moradoras, en el año 1934 cuando se produjo la Revolución de Asturias, es decir, en el momento en que unos españoles se levantaron contra la II República y que hoy, de manera descarada, algunos siguen celebrando y levantando monumentos a los máximos responsables, mientras, por ejemplo, el nombre de José Antonio Primo de Rivera lo borran de todos los rincones de nuestra Patria. Oviedo fue la capital de toda España que más sufrió las consecuencias de aquel golpe de Estado. Cuenta también Avello que las monjas no

perdieron un solo día en poder salvar las Reliquias del Mártir y el Archivo. Éste fue salvado por la intervención de una de las monjas y también de varios laicos que habían acudido en ayuda de las religiosas porque sus vidas también corrían peligro. Así pudieron ser salvados los tesoros documentales bibliográficos. En la salvación de las reliquias de San Pelayo participó el falangista Ángel Alcázar de Velasco, Palma de Plata, según él mismo narra en una carta que escribió a la abadesa María Teresa Álvarez Palacios, después de ver un programa en televisión dedicado a las monjas de este Monasterio.

Años más tarde, las Benedictinas fundan el Monasterio de la Asunción de Santa María en la localidad de Mendoza de Rengo (Chile), siendo la primera superiora la ovetense hermana Isabel Arias. Con motivo de cumplirse los 25 años de historia del convento, las monjas editan un libro, que escribe el sacerdote asturiano Francisco Javier Fernández Conde, doctor en Historia y muy próximo a los postulados de la teología de la liberación. Dirigió el Seminario de Oviedo durante la transición a la democracia abriendo sus puertas a los políticos, «entre ellos el comunista Horacio Fernández Inguanzo, y se vio que no comía curas», según declaró un día en la prensa. Pero lo que no declaró ningún día es que los comunistas, efectivamente, no «comieron», léxico que me parece poco afortunado, a ningún cura sino que durante la Guerra Civil asesinaron a 6.832 personas consagradas a Dios en todo el territorio republicano, de los cuales 13 eran obispos, 4.184 del clero secular, incluidos seminaristas, 2.365 religiosos y 283 religiosas. Sin contar a los civiles asesinados por ir a misa o llevar colgada en su cuello una medalla de la Virgen o la Cruz de Cristo. No olvidemos tampoco, lo que le ocurrió, hace tiempo, por ejemplo, a una profesora del Colegio Salesiano María Auxiliadora de Mérida que resultó herida por unos jóvenes, tras el asalto que forzaron el

acceso al centro educativo para recorrer los pasillos, en plena jornada lectiva, al grito de «dónde están los curas que los vamos a quemar».



Más cerca en el tiempo tenemos a la ignorante Rita Maestre cuando, acompañada de un grupo de chicas que se desnudaron de cintura para arriba ante el altar, insultaron, sin ningún sonrojo, a los que allí estaban rezando al mismo tiempo que les gritaban: «arderéis como en el 36» y «vamos a quemar la Conferencias Episcopal»

Fernández Conde, como ya he citado anteriormente, escribe el libro que editaron las Benedictinas chilenas y en una de sus páginas, , escribe el libro que editaron las Benedictinas chilenas y en una de sus páginas, escribe: «La revolución de 1934, especialmente virulenta en Oviedo, causó daños muy graves en el imponente complejo monástico de San Pelayo, lugar de alto valor estratégico para dominar la ciudad antigua. Los bombardeos de la aviación [republicana] dañaron gravemente las estructuras de la fábrica monástica, y la comunidad benedictina, bien tratada por las tropas revolucionarias, tiene que abandonar su vieja y venerada casa para emprender durante tres años una dolorosa peregrinación». Bien, lo que no dice es que los que ocuparon, con la fuerza de sus armas, el monasterio, o sea, los revolucionarios socialistas, quemaron todo el interior de la iglesia del convento, donde, como pieza de gran valor artístico, estaba la sillería del Coro que quedó totalmente calcinada, así como cuadros y tallas de enorme valor, etc. Esto no lo cuenta Fernández Conde en el libro. Así, pues, sólo ha dejado escrito media verdad que a veces es peor que una mentira.

## 2

### La falacia federalista

Carlos León Roch

En el “no saber qué hacer” ante el ancestral problema catalán, soportado durante dos siglos por monarquías absolutas o constitucionales; por repúblicas federales o unitarias; por dictaduras y “dictablandas” militares o por “frentepopulistas” ha llevado, en esta alarmante hora, a revivir la llamada “solución federal”, en la inaudita ignorancia del significado del término, y en la absurda equiparación con las repúblicas federales” de USA o Alemania, entre otras.

Como todo el mundo debería saber, en las repúblicas federales la soberanía –vamos, el “derecho, a decidir”- no reside en cada uno de los estados que las constituyen, ni en los pueblos que las forman, sino en el conjunto de la nación.

Ni California, ni Tejas, ni Prusia pueden independizarse, pese a formar parte de una afianzada república federal. Tan es así que cuando, en el siglo XIX diez estados “federados” norteamericanos pretendieron constituir una Confederación, condujeron a esa nación a una terrible guerra fratricida...que terminó consolidando aquella república federal ¡y unitaria!).

Y es que la única fórmula política que permite el “derecho a decidir” es la Confederación”, como aquella intentada por los desdichados estados sureños “usacos”.

En contraposición, la República -o el Estado Federal- es como el actual llamado Estado de las Autonomías de España... con un poco más de “bombo”; con más o menos competencias económicas, sanitarias o fiscales, decididas y cuantificadas siempre por el poder legislativo



de toda la nación, así como aplicado y controlado por el poder ejecutivo, por el gobierno de la nación. La Constitución 1978 institucionaliza el término equívoco, ambiguo y nefasto de “Nacionalidades”, junto al legítimo y “familiar” de Regiones. Y es que en el inicial “pasteleo” de aquellas impropriadamente denominadas Cortes Constituyentes de 1978, ¡que no lo eran ni fueron

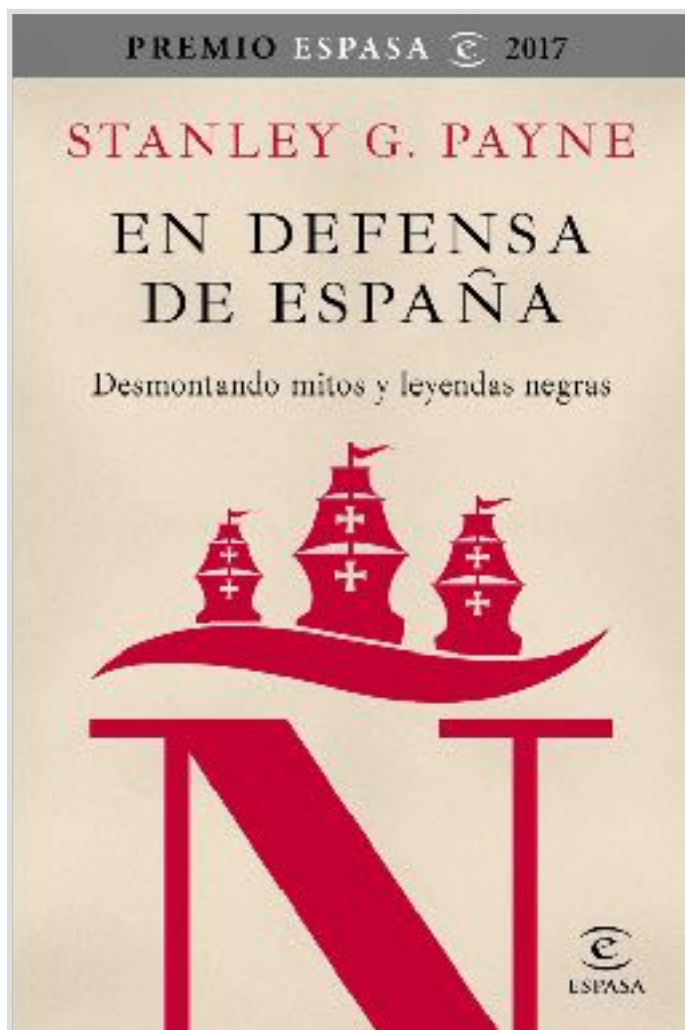
convocadas como constituyentes, junto al estúpido y erróneo “café para todos” se consintió la entrada en el texto de ese cáncer de crecimiento lento que ahora, cuarenta años después, amenaza de muerte a todo el cuerpo nacional.

Tal vez por todo eso, muchos también propiciamos un cambio constitucional, aunque –me temo- en sentido muy contrapuesto al mayoritario, pues se trata de regresar a un estado unitario, muy desconcentrado periféricamente, pero no descentralizado; con excepciones en el tratamiento de algunas regiones, provistas de legítimas y diferenciadas identidades culturales, pero con los ancestrales vínculos de la historia, de la sangre, del cariño y del amor.

No es posible avanzar (¡retroceder más bien!) en el ámbito autonómico-federal sin caer en el desastre confederal, que puede suponer una magnífica iniciativa –por otro lado- para comenzar a unir regiones o naciones independientes, pero regresiva, arcaica, insolidaria y nefasta para enfrentar regiones y antiguos reinos medievales unidos durante cinco siglos.

En mi ciudad (Cartagena) se conmemora, como todos los años (y celebrado por algunos) la revolución cantonal del siglo XIX que en el seno de la I república (¡esa sí, federal!) condujo al esperpento – aunque heroico, eso sí, para miles de cartageneros- con bombardeo naval de Alicante; desembarco en Almería; declaración formal de guerra a Prusia, y solicitud, asimismo formal, de adhesión a los EEUU, como un estado más de su pujante nación... Siete largos meses de bloqueo, de asedio, de incesantes bombardeos destruyeron mi trimilenaria y amada ciudad.

Y esa historia, hipotético y posiblemente escéptico lector, es absolutamente verídica. Refleja el desastre que condujo a la España, “Una e Indivisible” la malhadada república federal. La única que ha habido en nuestro país... ¡Cáspita si hubieran dos!



Me entero de que el hispanista Stanley G. Payne acaba de publicar su último libro, que lleva por sugestivo título *En defensa de España* y, por subtítulo, igualmente atractivo, *Desmontando mitos y leyendas negras*. No aventuro, por tanto, mi opinión sobre el contenido, pero contraigo el compromiso de comprarlo y acometer su lectura.

Tuve el honor de conocer fugazmente a Payne, allá por las postrimerías del Régimen anterior, en una visita que el historiador realizó a Barcelona. En aquellos tiempos, yo andaba compaginando mis estudios universitarios con la función de mando en la Organización Juvenil Española y, a la vez, militaba en aquellos grupos semiclandestinos falangistas, en los que nuestra juvenil ingenuidad nos movía a diferenciarnos del aparato oficial del Movimiento y a aspirar a que, algún día, existiera en España una única Falange, actual, moderna y revitalizada, que se volcara en los problemas sociales y

económicos y llevara a cumplimiento transformaciones revolucionarias en una España que no nos gustaba.

No hay ni que decir que nuestros esfuerzos no se vieron coronados por el éxito: persistió (hasta nuestros días) el confusionismo entre propios y extraños; con la Transición, aparecieron un sinfín de falanges, enemistadas entre sí, a pesar de nuestras buenas intenciones unitarias, y la España de hoy sigue sin gustarnos nada.

Pero así eran las cosas entonces, y no reniego en absoluto de mi pasado de juventud, pero sí afirmo que, en servicio de los mismos ideales, he transformado mis planteamientos, por el realismo que imponen las canas, los desengaños y la cruda circunstancia.

Llevé a Stanley G. Payne a una reunión en mi propio Hogar Juvenil Extremadura, situado en el barrio portuario barcelonés; convoqué a ella a mandos y cadetes de confianza, y todo ello, por supuesto, sin permiso ni conocimiento de mis superiores de la Provincial; ahora pienso que, a lo mejor, estaban al corriente, tanto de mis correrías como de aquella reunión en concreto, pero, unos por afinidad y otros por no complicarse la vida, nadie se dio por enterado.

De Payne conocíamos aquel *Falange. Historia del fascismo español*, que, editado en París por Ruedo Ibérico, corría por nuestras manos hacía tiempo; luego, ya en el actual Régimen, fue reeditado, pero no creo que muchos más lo leyeran. Advertíamos en el texto errores de bulto y enfoques equivocados para nosotros, pero apreciábamos una simpatía del autor por la figura de José Antonio y, especialmente, que nos hubiera abierto un espacio de serena atención, con rigor universitario (era su Tesis Doctoral) aunque fuera desde una perspectiva yanqui.

Payne me pareció un chico grande, con cierto aire de *cowboy* de película; era un americano alto, rubio, de trato agradable y se expresaba en un español más que correcto. Escuchó atentamente los puntos de vista de aquel puñado de jóvenes y nos pidió publicaciones y octavillas de las que repartíamos entonces los díscolos del Régimen. Tras un par de horas de diálogo, se despidió cortésmente y ya solo supimos de él, años después, por la infinidad de libros que ha ido publicando sobre esa España que aprecia entrañablemente; en ellos, ha ido rectificando conceptos, matizando otros y, sobre todo, investigando a fondo, como corresponde a un buen historiador.

Ahora está considerado -no faltaba más- como un autor revisionista, apelativo con que se suele insultar a quienes no pasan por el aro de lo políticamente correcto; sin aportar datos en contra de sus tesis y opiniones, la progresía al uso lo pone como chupa de dómine; el mundo liberal-conservador (que nos tiene idéntica antipatía) posiblemente no lo ha leído... Es todo un síntoma de que Stanley G. Payne sigue siendo un historiador de raza, que basa sus argumentos en la consulta de las fuentes y el estudio, y no en el sectarismo o el apasionamiento apriorista; acudiremos, por ello, a su nuevo libro, como lo hemos hecho con los precedentes.

Eso no quiere decir, por supuesto, que se deba coincidir con todos sus planteamientos, quizás por diferencias de mentalidad y de contextos, pero de él se puede decir lo contrario de los que vuelcan sobre la historia -muchas veces ignorada- toda su baba reconcentrada e intentan más adoctrinar y manipular que profundizar en el pasado y en el presente.

Corría el otoño de 1966, recién estrenada mi iniciación universitaria con ya graves incidentes en el paraninfo de Económicas en la Complutense (rotura con un pico de una pared de acceso condenada, que permitió la apertura al recinto del auditorio que estaba lleno de enormes pintadas injuriantes contra Franco, con ese estilo soez y chabacano de que tantas veces ha dado muestras la extrema izquierda). Confieso que las primeras semanas de mi vida universitaria participé de algunas concentraciones y asambleas tanto en Económicas como en Filosofía y Letras. Todo era tedioso, las mismas frases lapidarias, las horas interminables para que la gente ya agotada y con los cuatro iniciados, situados estratégicamente, aprobaran las consabidas concentraciones, manifestaciones y huelgas solidarias. "Contra el SEU impuesto, queremos un sindicato sin la camisa azul, libertad, etc..." Los prolegómenos de la programada escalada izquierdista que daría lugar al SDEUM.

Yo había formado parte del Frente de Juventudes, desde los 10 años hasta los 13, (1959) en cuyas fechas se abortó casi todo aquello que se nos había transmitido acerca de la verdadera revolución joseantoniana. Abandoné el hogar del Distrito de Arganzuela, marchándome a mi casa. Unos compañeros de La Escuela de Magisterio PABLO MONTESINOS de Madrid (cuyos estudios habíamos terminado en 1965) me hablaron de unos jóvenes falangistas aguerridos y revolucionarios que actuaban en la universidad (FES), que tenían una estructura muy importante con ramas obreras (FNT) y juveniles (JF), que tenían un consejo Nacional compuesto por legendarias Viejas Guardias (el Dr., Narciso Perales, Patricio González de Canales, Ceferino Maestú, Sigfredo Hillers de Luque, Mario Triviño...) Su activismo estaba encaminado a lograr la implantación del verdadero sistema político propugnado por José Antonio.

Me integré inmediatamente y mi prueba de fuego consistió en intervenir en el corte relámpago de la plaza del Callao de Madrid (panfletadas, carreras, interrupción del tráfico y canto del Cara al sol), unos días ante del trucado referéndum sobre la Ley orgánica del Estado franquista de 16 diciembre 1966, que introducía ya claramente la figura del monarca dentro del llamado orden constitucional español. El FES o también llamado tinglado se opuso radicalmente a esa maniobra de ley y Sigfredo Hillers (que actuaba como jefe de formación juvenil) envió una carta sin firma al Jefe del Estado (Franco) donde tras calificar al referéndum de burla entre otras cosas, preguntaba: ¿sobrevivirá mucho tiempo esta ley a V.E.? Y contestaba: yo creo que no. Bastará utilizar los mismos métodos que usted ha usado, identificar la paz y el progreso con lo que se quiere aprobar, monopolio de los medios de información, gasto limitado con cargo a los fondos públicos, represión de toda voz discrepante. Éxito garantizado.





**Sigfredo y Antonio Hermoso (sustituyó a J.L. Arroyo en la dirección del FES , cuando éste dejó la organización el mismo año en que me integré y fue, junto con Fernando Garcia, una de las manos derechas de Sigfredo ). En la presentación del Manifiesto de los Falangistas independientes (1976).**

Evidentemente las repercusiones de las acciones del FES y del tinglado nunca tuvieron reflejo ni en los medios oficiales, ni en los privados. Todo lo más, unos escasos centímetros en alguna esquina perdida de la prensa independiente. En los medios burocráticos del Movimiento siempre se trataba de convencer a los funcionarios de que los actuantes eran rojos disfrazados de falangistas.

La primera noticia que tuve de Sigfredo fue mediante una grabación magnetofónica clandestina, en aquellos legendarios aparatos *Grundig* diseñados por los alemanes. Fue una carta de formación, creo recordar era la numero 3, dirigida a mis jóvenes camaradas. La escuchamos en una marcha dirigida por Garijo, en un local del Frente de Juventudes situado en las afueras del pueblo toledano de Yeles. Exactamente el 22 de enero de 1967. Fue mi primera marcha de JF, tras la firma de la preceptiva carta de compromiso con la organización clandestina. También ese día fue el bautismo del entonces jovencísimo José Ramón L.C. a la sazón y siempre, no sé si incluso a pesar suyo, el mejor amigo y confidente que tuvo nuestro controvertido dirigente Sigfredo.

A Sigfredo lo conocí en persona en un albergue que preparó el tinglado para militantes de primera línea en el recinto externo de los monjes del Monasterio cisterciense de Santa María de Huerta (Soria) y que se realizó en la Semana Santa de 1967. Era, aparte de responsable de formación, el jefe indiscutible de las Juventudes falangistas, verdadero semillero de mandos, portavoces, captadores y propagandistas del tinglado que aunque llamado originariamente Falange Nueva, este nombre casi nunca te utilizó, posiblemente sólo en la estructura original y sobre el papel. Me impresionó su liderazgo y su fuerte personalidad. Su rotundidad, claridad expositiva, y especialmente su sarcasmo que expresaba con un envidiable sentido del humor. Este rasgo de su carácter sería, sin duda, su mayor atractivo. Pero también su arma más terrible contra sus adversarios políticos: el humor corrosivo que pone en evidencia al oponente y lo desarma. Esa cualidad que denota una marcada inteligencia, fue siempre reconocida tanto por sus camaradas, como por sus adversarios.



**30 noviembre 1969. Valle de los Caídos. Acto conjunto con los Círculos José Antonio: Zaldívar, Sigfredo, Diego Márquez. Los tres ya desaparecidos.**

Salí muy reconfortado tanto de cuerpo, como de alma, gracias a la convivencia con los oficios de los monjes, el lavatorio de pies, refectorio... de aquel albergue donde conocí y conviví con camaradas excelentes Millán, Ojeda, José Manuel, Redondo, Ovejero, Ferreiro, Mariscal, Junquera, Higuera... que luego marcarían también mi guion vital y darían lugar a relaciones muy importantes y decisivas en nuestro quehacer y convivencias futuras. Aquellas charlas al aire libre y frío de Soria denotaban en Sigfredo como un hombre íntegro, católico convencido, sencillo, campechano, de clase social

modesta y con las ideas muy claras. Más

tarde pude comprobar, cuando inmediatamente se produjeron las primeras escisiones en la organización, que por momentos, podría ser una persona cruel y despiadada con aquel que no comulgaba con todas sus ideas.

Nuestra labor (por supuesto siempre bajo la dirección casi indiscutible de Sigfredo) de los siguientes años, hasta mi apartamiento de la militancia activa en 1972, y hasta 1976, está recogida en el libro y tesis de FRANCISCO BLANCO, en el que me invitó a colaborar el propio Paco Púas. Sería redundante, volver a contarla ahora. (1)

La personalidad de Sigfredo tuvo a mi juicio dos vertientes. Por un lado logró aglutinar a mentes y personas con enormes capacidades de organización y acción que a lo largo de los años lograron crear un ambiente de opinión, para marcar las distancias y disonancias con el secuestro y la FALSIFICACION que el régimen de Franco realizó, tras la victoria, con el pensamiento joseantoniano. El tinglado nació como respuesta airada de los jóvenes y no tan jóvenes que tenían que denunciar la traición a los caídos, incluso de ambos bandos. ¿Para qué entonces habíamos tenido una guerra civil de más de un millón de muertos?. Esa semilla abonada por la organización creada por él, en mi opinión, ha logrado clarificar perfectamente

que una cosa era la Falange de José Antonio y otra muy distinta el Movimiento Nacional de Franco.

Por otro lado, llevado por la pureza doctrinal y exigencia personal del líder, trató de que la primera línea del tinglado, (esa minoría disciplinada y creyente en lenguaje del Fundador) esa barra de hierro pura, fuese la que teóricamente debería impregnar a toda la sociedad española, cuando llegase el momento de la toma del poder. Esa exigencia, que a veces tomaba punitivamente formas pueriles e irracionales, (no es momento ahora de recordar ciertas cosas) llevó a decenas de camaradas a sus casas, al abandono de la organización o cambiar de bandera.

Los numerosos intentos de unidad de los falangistas fracasaron, aunque no siempre por su culpa (el punto de inflexión y no retorno fue el polémico discurso de Sigfredo representando a lo que luego sería Falange Española Independiente, en el Palacio de Congresos en octubre de 1976). El franquismo y sus santones, pesaban mucho, y los auténticos impacientes también querían ser rompetanques o iconoclastas para hacerse comprender por la izquierda emergente. La Falange como organización política duradera no ha sido posible. Pero creo que mereció la pena intentarlo. Entonces éramos jóvenes, idealistas y al menos luchamos por ello.

Resumiendo, la vida de Sigfredo fue contradictoria como la de todo el mundo. Miguel de Unamuno decía: el que no se contradice es que nada dice. Pero no se le puede negar su apasionamiento, valentía, su constancia en la militancia falangista, y una rigurosa preparación intelectualidad adquirida golpe a golpe, desde su bachillerato iniciado a los 33 años hasta alcanzar el grado de Profesor Doctor en la Universidad Complutense. Por cierto, los actuales exámenes de Bachillerato para mayores de edad, fueron una propuesta del FES que, con su sugerencia, se incorporó a la legislación española en los setenta.

Ayer, en el frío serrano de noviembre, un puñado de camaradas le dieron el adiós, como él quería: con su bandera roja y negra, entonando el admirable himno pleno de poesía y de amor y esparciendo las cenizas en su último y querido hogar.

Sigfredo descansará ya en la paz del Señor (27 noviembre 2017).

(1). FES. LA CARA REBELDE DE LA FALANGE (1963-1967). Francisco Blanco Moral / José Lorenzo García Fernández. Ediciones Nueva R epublica. Barcelona. 2008



Hace ochenta y un años se producía el fusilamiento de uno de los mejores hijos que ha parido España. Pero como el odio, la insidia y la manipulación han ido emponzoñando la redacción de nuestra historia, no resulta hoy fácil explicar quién fue en realidad José Antonio Primo de Rivera.

Como tampoco comprender qué perseguía al fundar Falange Española («qué intentábamos que fuese...»), escribía en su testamento tres días antes de ser asesinado «legalmente»), y cuánto de esa idea se llevó con su muerte, tan temprana como injusta. Porque bien sabido es que tras aquella

muerte hasta los buitres se emplumaron de azul para picotear en las entrañas de una victoria que, sin la parte fundamental de mística y poesía de su mensaje, resulta difícil imaginar que se hubiera conseguido.

Aunque sólo fuera por la elevada calidad humana que supo aglutinar junto a él desde el principio de aquella aventura... Aunque sólo fuera por las masas de jóvenes que en el escasísimo período de tres años comenzaron a seguirle ilusionados... Aunque sólo fuera por eso, la persona, vida, pensamiento y obra de José Antonio debería ser tratada con un mínimo de interés y respeto entre nosotros. Basta leer sus discursos, sus escritos, sus numerosos artículos, las reseñas de sus actos por toda España recogidas en la prensa, sus lúcidas intervenciones en el parlamento durante el poco tiempo que allí estuvo, (casi todos ellos tan vigentes hoy), para darse cuenta de que tuvimos la suerte de contar con una persona singular de mente privilegiada, que hoy pretenden despacharnos simplonamente con dos frases sacadas de contexto y con el brochazo descalificativo del consabido término cuasi diabólico que, por tantas razones, difícilmente le cuadraba para poder definirlo tan burdamente.

Exceptuando algunos personajes aislados de su tiempo, ni la derecha ni la izquierda simpatizaron con él ni con su discurso; aunque fue ésta y no aquélla la responsable final de su muerte. Y eso pese a que él mismo girara hacia este ámbito político en no pocos de sus planteamientos, queriendo buscar elementos de encuentro y superar el enfrentamiento cada vez más cerrado entre ambas perspectivas políticas. Él, que procedía de la derecha tanto por origen social como por formación y costumbres, y que

defendía a la Iglesia Católica en un tiempo de enorme turbulencia, llegó a ser visto en vida por los derechistas más recalcitrantes y clericalones como un hereje sospechoso, para después de su muerte, pasar a ser cuasi beatificado por esos mismos. (Sin embargo, hoy puede resultar un trabajo de Hércules encontrar un sacerdote que se preste a celebrar una Misa por su alma). Como han apuntado sus críticos, quizás pretendió reunir José Antonio demasiadas cosas a la vez en su proyecto, incluso antitéticas, y aunque dotado con la capacidad necesaria para poder abordar aquel reto, con su muerte la aventura fundacional se convirtió en una misión imposible o diferente. Muestra de ello es el error que repiten muchos de sus seguidores políticos, ofreciendo un espectáculo de división y enfrentamientos internos que dañan profunda y directamente la médula de credibilidad del discurso joseantoniano, y lo lastra ante el pueblo español para otorgarle un atisbo de viabilidad.

Sea como fuere, ochenta y un años después de su muerte, quienes nos consideramos admiradores de su pensamiento, de su estilo de vida, de su ejemplo, de su mirada rebelde y generosa ante la realidad estrecha de su tiempo, y que además pasamos olímpicamente de los tribunales de la corrección política, no sólo no nos avergonzamos de intentar seguir su estela y tenerlo por referente moral más allá del pensamiento político, sino que nos sentimos muy orgullosos de ello. Seguirán con la saña y con la antipatía sin conocerle, y sin conocerle le seguirán insultando y ninguneando desde los medios de comunicación y desde una y otra miopía política, pero nunca conseguirán que a todos los que nos consideramos deudores de aquel gran español, siempre nos quede el ejemplo de quien lanzó un mensaje diferente y que supo enfrentarse a la vida con la misma gallardía que lo hizo ante la muerte. Una gallardía que hoy resulta insoportablemente provocadora a quienes han reducido el noble ejercicio de la política a una mercadería de intereses personales y a un sucio juego de supervivencia en la ocupación de cargos públicos y de partido.

Seguirán con la saña y con la antipatía... pero a nosotros nos queda su eterno mensaje de que el mejor patriotismo no nace del sentimiento sensual de un nacionalismo individualista, complaciente y divinizador del objeto amado; sino del amor amargo por una patria que nos duele y a la que amamos con ansias de perfección. Precisamente porque está muy lejos de lo que nos gustaría que fuese.

## 6

### Feminismo, justicia social y Falange

Mercedes Valdivia

En la actualidad es fácil e incluso está bien visto que la mujer sea feminista. Hasta hace no mucho parecía ser propiedad exclusiva de las que se posicionaban políticamente a la Izquierda, ello ha sufrido un efecto por “simpatía” de forma que destacadas personalidades de este sexo, se han unido a esa corriente, aún siendo en teoría antagónica sus posturas políticas; tal es el caso de Cristina Cifuentes o Soraya Sáenz de Santamaría entre otras. No

nos equivoquemos, es toda una patraña para conseguir votos y en la mayoría de los casos en contra de los principios ideológicos que defendían sus partidos. Nada nuevo aportan porque ya todo está inventado desde hace mucho.

Todos dan excusas absurdas, intentando justificar la decisión de la socialista Victoria Kent (1898 -1987), primera mujer abogada que pudo ejercer como tal, perteneciente al Partido Republicano Radical Socialista, al oponerse al voto femenino en 1931, con estas palabras: *“Es necesario que las mujeres que sentirnos el fervor democrático, liberal y republicano pidamos que se aplace el voto de la mujer(...)”*. En realidad parece ser que defendió esta postura por temor a que fuese contrario a la República y que siguió en la misma línea Margarita Nelken (PSOE).

Clara Campoamor (1888 – 1972) Diputada del Partido Radical, consiguió que las mujeres pudieran votar por primera vez en las elecciones de 1933. A ella le debemos que las féminas podamos ejercer este derecho, y el 1 de Octubre se aprobó el voto para todos los ciudadanos españoles mayores de 23 años incluidas las mujeres.

En un artículo publicado por **Periodista Digital** el 23 de Noviembre de 2017, titulado: LA DE PODEMOS ENSALZÓ LA FIGURA DE CLARA CAMPOAMOR JUNTO A LAS DE LAS SOCIALISTAS NELKEN Y KENT, el periodista Germán Tertsch le da un soberano sopapo a Irene Montero por su burda mentira sobre el voto femenino: *Esta trilerera pretende ocultar que Campoamor, la defensora del voto femenino, contó con la fiera oposición de Kent y Nelken (la reina de las sacas y de "exterminar a la quinta columna", jefa del abuelo de Iglesias”)*. Han manipulado la Historia de España y continúan haciéndolo, como es el caso anteriormente relatado y el de Mercedes Fórmica entre otra muchas. Conozcamos brevemente a algunas de ellas:



**Mercedes Fórmica Corsi-Hezode (1913-2002)**

Licenciada en Derecho y consagrada escritora. Conoció al fundador de Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, del que escribía las siguientes palabras: *“inteligente, valeroso, fue temido, rechazado y ridiculizado por su propia clase social, que nunca le perdonó sus constantes referencias a la injusticia, el analfabetismo, la falta de cultura, las viviendas miserables, el hambre endémico de las zonas rurales, sin más recurso que el trabajo «de temporada».La urgencia y necesidad de la reforma agraria. Confundir el pensamiento de José Antonio con los intereses de la extrema derecha es algo que llega a pudrir la sangre. Fue la extrema derecha quien le condenó a muerte civil, en*

*espera de la muerte física, que a su juicio merecía*“. Durante la guerra colaboró con la Sección Femenina. Se abren los primeros hogares para ayudar a los más necesitados. En la admisión de niños tuvieron preferencia los hijos de los vencidos.

Mercedes hace especial referencia a los nombres de Nena Hurtado, Teresa Loring, Syra Manteola, María Amalia Bolín, Maruja y Coral Pargay por supuesto Carmen Werner, como verdaderas joseantonianas. Toda su vida luchó por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres en los casos de separación, ya que en aquella época el hombre se quedaba de forma automática con la custodia de los hijos y los bienes del matrimonio. Consiguió cambiar 66 leyes del Código Civil a favor de la mujer, por lo que no tendría que abandonar el domicilio conyugal ni perder la custodia de los hijos. Colaboraba en ABC habitualmente y su artículo más famoso *El domicilio conyugal* escrito el 7 de noviembre de 1953 tuvo repercusión internacional, haciéndose eco *The Times* en EE.UU. Escribió varios libros históricos, consiguiendo premios nacionales y su famosa trilogía autobiográfica; *Visto y Vivido*, *Escucho el Silencio* y *Espejo roto y espejuelos*. La editorial Renacimiento los editó hace un par de años y la Asociación Cultural Ademán le hizo un reconocimiento en octubre de 2013, además de múltiples conferencias por gran parte de la geografía española y escribiendo el libro “Un grito en el silencio” de Ediciones Barbarroja, reivindicando la figura de esta gran mujer. En Cádiz (su ciudad natal) le hicieron un homenaje, con un busto de su cara en su honor y le pusieron una calle, que el consistorio municipal actual ha retirado, por el único hecho de ser falangista, sin importar los beneficios que consiguió para la mujer.



**Carmen Werner Bolín (1906-2000)** Co-fundadora de la Sección Femenina en Málaga y muy amiga de Mercedes Fórmica. Tuvo una estrecha amistad con José Antonio Primo de Rivera, de hecho fue de las pocas personas a la que el fundador de Falange escribía desde la cárcel de Alicante antes de ser asesinado, de hecho le dieron una de las medallas que colgaban de su cuello cuando fue fusilado. Se le otorgó el reconocimiento de la “Y” de fundadora de la Sección Femenina. La bondad de esta mujer, su trabajo altruista y desinteresado por los demás, queda de manifiesto por su trabajo en el Auxilio Social, donde atendió y cuidó personalmente a los hijos de los asesinos de su padre Leopoldo y sus hermanos a manos de los milicianos.

**Mercedes Sanz Bachiller (1911-2007)** fundadora del Auxilio Social En 1931 se casó con uno de los fundadores de Falange, el abogado Onésimo Redondo. En 1936 tenía tres hijos y estaba embarazada del cuarto cuando su marido fue asesinado a la semana de comenzar la guerra; por dicho motivo perdió al bebé que esperaba. Se quedó viuda con 25 años. Fundó el Auxilio Social, una organización para prestar ayuda a niños y mujeres de ambos bandos

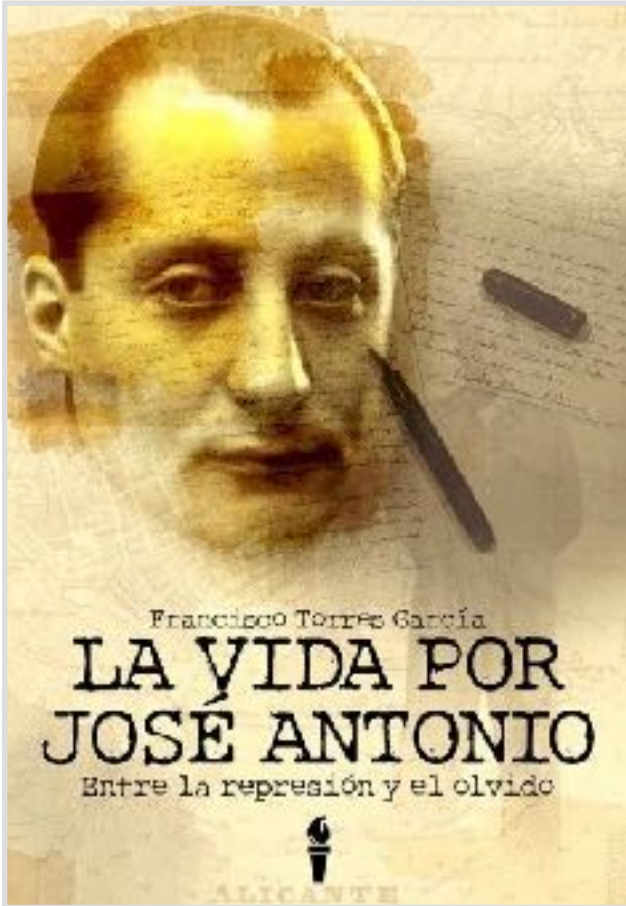


víctimas de la guerra. Transcribo sus propias palabras: *¿Cómo vamos a permitir que los niños pasen hambre? Pasaban hambre sencillamente porque sus padres habían sido rojos y estaban en la cárcel o porque sus padres habían muerto en el frente. Lo merecieran o no, así era. Entonces pensé ¿Quién llevará el pan a esos hogares? Nosotros tenemos que sustituir esto por algo que ayude a estos niños a comer. Para mí, entre los niños no hay rojos, ni blancos, ni azules, ni morados. Para mí, el niño es el niño, sea de la clase que sea, y lo mismo me da que proceda de una familia anarquista, que su padre esté en la cárcel o que haya muerto en el frente. Más motivo para darle de comer. Entonces se nos ocurrió la idea de las huchas... Una cosa verdaderamente tremenda fue encontrarme con muchas niñas y jóvenes que se habían quedado embarazadas de los soldados. Unos serían de la parte nacional y otros de la parte roja, daba lo mismo. Entonces hicimos una maternidad.*

La crisis ha dejado en nuestro país a millares de familias en situación de precariedad y ello ha sido aprovechado por partidos como Podemos, PSOE y PP para intentar ponerse a la cabeza de los que lideran la Justicia Social, pero se les olvida que el impulsor fue José Antonio Primo de Rivera a través de la Sección Femenina con el Auxilio Social, como ejemplo más significativo.

Es alarmante que se utilice como un insulto ser falangista; el caso más reciente se ha producido el 26 de Noviembre de 2017 a las 06,00 en la emisora Cope cuando han relatado que Puigdemont ha acusado a Rajoy de ser falangista y compararle con José Antonio. ¡Menuda barbaridad!. Esta ideología ha servido para que algunos partidos actuales se aprovechen de ella para incluirla en sus programas electorales con el objetivo de mejorar su desgastada imagen. Denigrante e insultante es comparar a José Antonio con cualquier político pasado o presente, porque él era único y no existe ninguno de su talla, honestidad, nivel cultural e implicado por los más desfavorecidos, hasta el punto de pagar con su vida la defensa de unos ideales. El ni huyó, ni se escondió, por contra dejó un legado que aun hoy día siguen millares de personas. La comparación con Rajoy es un insulto para JA y todos los que somos joseantonianos. Ahora juzguen ustedes mismos.





### LA VIDA POR JOSÉ ANTONIO. ENTRE LA REPRESIÓN Y EL OLVIDO

Francisco Torres García

Editorial Barbarroja, Madrid, 2017.

Hay que empezar destacando que la publicación de este libro está amparada por la conocida Ley de Memoria Histórica, que en su artículo primero dice tener por objeto reconocer “*a quienes padecieron persecución o violencia, por razones políticas, ideológicas, o de creencia religiosa, durante la Guerra Civil*”, que es lo que viene a tratarse en estas páginas, pues termina siendo un homenaje a los más de 220 falangistas asesinados durante la terrible represión ejercida en Alicante y provincias limítrofes desde el estallido de la guerra, no en vano fue esta la última provincia en ser liberada.

Ya de por sí la cifra de 220 no es despreciable, y es que fueron más que los

religiosos y sacerdotes (o cualquier otro colectivo) asesinados en la misma provincia, lo cual ya es un hecho a destacar. Como también lo es, la curiosidad de que gran parte de estas víctimas, falangistas muy jóvenes la mayoría, y que uno de los más repetidos mitos suele tildar de *señoritos*, se dedicaran al noble arte del cultivo y tratamiento del esparto.

Cuanto antes hay que aclarar a despistados que no estamos ante una novela, ni siquiera ante un libro *basado en hechos reales* sino ante un libro de historia, por dramática que esta sea, y que la rigurosidad con que se acude a las fuentes y se detalla en notas y anexos lo deviene incontestable. Todo historia y nada de retórica, que tratándose del tema que se trata no es decir poco. En esto también puede considerarse un complemento del libro anterior del mismo autor *El Último José Antonio* (Ed. Barbarroja, Madrid 2013).

Los diferentes intentos de liberación de José Antonio en la cárcel de Alicante ocupa el grueso del material inédito, de su intrahistoria -conocida de primera mano- a los terribles listados de los caídos con nombres, apellidos y ocupaciones. Aunque también se abordan temas clásicos en la historiografía de José Antonio como la actitud de Franco ante los intentos de liberación

o el apoyo -irrebatible- del primero al levantamiento militar ante el devenir dramático de la situación en España.

La memoria de la Historia no se ejerce intentando borrar su rastro ni despedazando mármoles, la memoria se ejercita con libros como este.

8

## La fascinación inglesa por Isabel la Católica

Lorenzo Buenaventura en LA RAZÓN



Un documentado pero irregular ensayo del hispanista Giles Tremlett dibuja a una reina con un concepto más visionario y mesiánico de la España de la época como amalgama de territorios frente a la unidad política que preconizaba su esposo Fernando, gran valedor de la Inquisición como herramienta de poder más que como tribunales teológicos

Estamos en tiempos de re-exaltación del pasado. El daño causado por los complejos del progresismo y los del conservadurismo a la hora de enfrentarse a nuestra Historia no cesa. Por lo demás, las graves carencias de los sistemas educativos, o las deficiencias en los medios de comunicación, mantienen viva una permanente zozobra. Son herencias de nuestro pasado, heridas que no han querido que cerremos. El «98» vive; el franquismo ideológico, vive. Por ende, la oposición a éste ha de llegar a soportar disparates como los de aquella ministra que inquiría: «**Esta Isabel era un poco franquista, ¿no?**».

Suele ser moneda común entre los historiadores que a la hora de dar a luz sus trabajos, con bases metodológicas y científicas, han de tener presentes tanto los hechos históricos en sí mismos, como su traslación a la posteridad. Es decir, que tan importante es la historia, como la historiografía. Por ello, cuando se escribe historia, es buena cosa hacer un somero repaso a lo que se ha escrito sobre lo que uno maneja como fuentes, o como bibliografía, que no es lo

mismo. Y ni aun las fuentes en sí son objetivas, porque no hay textos más subjetivos, en muchas ocasiones, que los de los propios cronistas. Por ello, usar y abusar ingenua e inocentemente de los textos «oficiales» o similares de la época sobre la que se escribe puede inducir a algún que otro error. Por lo demás, podrá aceptarse el principio de que una de las bases del quehacer de un historiador es el de saber leer manuscritos de la época que trata, porque en su defecto lo que hará será leer libros impresos que, si no se plantea por qué se han publicado unos y no otros y en qué momento, caerá de nuevo en la sabrosa trampa de no haber sabido poner en entredicho las fuentes.

Al historiador de profesión le habrán enseñado a lo largo de la carrera en qué consiste la crítica de fuentes. Es una cuestión metodológica. Sin método, no hay conocimiento científico. Y sin éste, puede ser que estemos ante creación literaria. Esta era la consideración en que se tenía la escritura de la Historia hasta mediados del siglo XIX: una rama de la literatura porque se primaba el estilo sobre la objetividad. Mucho fue lo que tuvieron que pelear algunos hasta que en 1844 se abrieron los archivos nacionales para que los investigadores pudieran tener acceso a sus contenidos.

Y este es el caso del libro que nos ocupa. En sus voluminosas 638 páginas solo hay dos o tres alusiones a documentos del Archivo General de Simancas. Por ende, estamos ante un libro que no ofrece, documentalmente, nada nuevo. Por el contrario, el acopio que hace de fuentes impresas (fundamentalmente subjetivas crónicas, desestimando epistolarios, o grandes colecciones o repertorios sobre Isabel I) es apabullante. Y ahí está la originalidad de este libro: el acopio de textos de escritores judíos (con menosprecio a los exhaustivos trabajos de Contreras o Heningsen) le dota de una singular visión del gravísimo problema que se creó entre cristianos viejos, nuevos y judíos y que tan hondas raíces hincó en el «ser español» que estructuralmente aún perdura.

Obviamente, entre tantas páginas y notas al pie, en un cuidado e inteligente aparato crítico, ha de encontrarse algún rasgo de calidad: y este es la capacidad de síntesis del autor. Sobre lo que cita y sobre su audaz interpretación de la España actual, como si de aquellos tiempos del siglo XV a los actuales, no hubiera pasado nada. Mas, parece ser, que los procesos históricos son lentos y cronológicos. Llaman la atención los títulos de los capítulos. Sin duda alguna centran muy bien los problemas, pero a veces los contenidos escasean: por ejemplo, supongo que cuando habla de «El sometimiento de los Grandes», querrá hacer alusión a la vieja idea ya inconsistente de que los grandes señores fueron sometidos en tiempos de Isabel (¡y Fernando!). De haber sido así, ¿por qué escribió Pedro Mártir de Anglería lo que escribió cuando narró como nadie la muerte de Isabel? Y de haber sido así, ¿por qué se fue Fernando a Nápoles? Ocurre otro tanto en el capítulo siguiente, dedicado a la «Justicia expeditiva» (en la que el autor mismo pone de manifiesto cómo Medina Sidonia le planta cara a la reina), donde se olvida de la más concienzuda obra sobre la Santa Hermandad de Talavera, de Guillaume-Alonso. Por lo demás, no se comprende cómo no se dedica algo más de espacio al humanismo.

Sin embargo, la obra es de ágil lectura, cuidada en las formas literarias para que llegue al gran público, lo cual es imprescindible y necesario e impresionante, insisto, en el uso de

bibliografía. Su necesidad de hacer una obra de ventas se ve en los títulos de los epígrafes y en su concepción presentista de los comportamientos humanos: ¿por qué no se habla de la búsqueda de la «fama» renacentista en los hombres de armas y letras, o de la «codicia» en general y se habla de «aburrimento» para explicar el salto del Caribe al Continente (p. 513)? Por cierto, las inexactitudes conceptuales, ese andar en el filo de la espada del lenguaje es muy propio de este tipo de creadores: Isabel no envió a Colón a América (p. 513). De hecho, según parece ser, se firmaron unas «Capitulaciones», un acuerdo entre partes, en Santa Fe de Granada. Por cierto, el que Isabel creara la Inquisición (¿Isabel y no Fernando?) no explica que no hubiera protestantes en España. Es una precisión cronológica sin mayor importancia. El instrumento para perseguir judaizantes, una vez que los había exterminado, o casi exterminado, optó como todas las instituciones por sobrevivir. Y, para su fortuna, apareció la herejía protestante (y siguió habiendo descendientes de conversos con bastantes dudas de fe por el sincretismo religioso).

Y si la obra es un intento de exaltación de Isabel y su imperio, como lo es, todo ello montado en unas décadas fasciantes, ¿cómo se explica que «la preeminencia de España en Europa se desvaneció tan rápidamente como había surgido»? Dicen los historiadores que las paces de Westfalia de 1648 pasaron el testigo de la hegemonía europea de España a Francia, pero que España aún mantenía posesiones postimperiales, o que aún hacia 1820 había una América Española, cuyos restos se perdieron en 1898.

Es simpático hablar de caballos y tomates en la misma página, en la que se habla de la expansión del cristianismo (pp. 518-519), cuando un movimiento religioso y cultural que llega a asentarse con todas las contradicciones que se quiera, debe ser un acto social más complejo que el de recolectar tomates. Son cuestiones conceptuales, no superficiales. Y Cervantes no murió el mismo día que Shakespeare, sino la víspera. En cualquier caso, son de gran calidad las reflexiones finales de la obra, en donde en alguna ocasión parece que se va a atrever a hablar del exterminio británico-norteamericano en el Far West, pero no.

Y alrededor de sus reflexiones finales y, aun de toda la obra, planea la misma afirmación: hicieron un país de países. Obviamente así fue. Y ellos lo veían con la naturalidad con que lo vieron. Pero no creyendo en ello como única verdad constitucional: adviértase que Fernando de Aragón siempre creyó más en una España unificada política, que la visionaria y mesiánica de su mujer. De hecho, si Fernando dejó hacer y correr a la Inquisición era porque si la herejía se convertía en delito, y a los tribunales en principio teológicos los convertían en tribunales regalistas, podían existir Cortes diferentes en toda la Monarquía, que como quiera que los pecados son universales, los tribunales de la Inquisición podrían cumplir ese objetivo político. De hecho, al Inquisidor General lo nombraba el Papa a propuesta del rey. Y esa amalgama de territorios (como amalgamas son los imperios) llegó a ir contracorriente. Tras la traición a su rey legítimo en la Guerra de Sucesión (segunda traición de las oligarquías y el campesinado catalán en setenta años, que la primera fue en 1640) se abolieron sus fueros y sus leyes se castellanizaron, si bien es cierto que hubo correcciones y se mantuvo el derecho privado de Cataluña. Eran tiempos diferentes aquellos que alboreaban a principios del siglo XVIII, con respecto a los de los pactos de Segovia de 1474-1475.

En conclusión, nos hallamos ante una biografía más sobre la reina Isabel, que aporta excelentemente el punto de vista de un hispanista que aparece fascinado por la obra política de esta reina, a la cual eleva a los altares de la gloria secular. Fue así, sin duda. Como todo reinado, como toda obra de hombres o mujeres, el proceso se vio teñido de claroscuros, por supuesto, que Giles Tremlett ha sabido adivinar y ver a lo largo de su gran estudio, que afortunadamente no es una novela.

9

## Aquella noche... (Once glosas desordenadas)

Camilo José Cela (Diario YA, 20 de noviembre de 1943)

***Y jamás en ti se oirá voz de tañedores de cítara ni de músicos ni de tañedores de flauta y trompeta. Y maestro de ningún arte jamás será hallado en ti. Ni ruido de muela en ti se oirá ya más. Ni luz de antorcha ni voz de esposo ni de esposa. En aquella ciudad ha sido hallada la sangre del profeta. (Apocalipsis XX, 22, 23; 24)***



## I

Como una nueva y triste madame Roland -¡Oh, libertad, cuántos crímenes...!- La luna se va dejando caer, entre cauta y vigorosa, por su prevista senda. Aquella nube sombría que arrastró el viento, aquella nube con su borde de encaje y su dulzura, llegará a la costa africana cuatro, seis horas más tarde. El nuevo sol de la mañana le prestará su brillo. La preocupada nube sombría...

## II

Las horas corren como enmohecidas, como entristecidas y pesarosas, sobre Alicante. Ni ellas mismas conocen el designio fatal que les aguarda, agazapado como una víbora traidora, detrás de cualquier segundo. Un temblor recorre todos los relojes y un hombre guarda en su desnuda celda, sus últimos latidos. Sin jactancia -¡nunca es alegre morir a los treinta y tres años!- pero sin protesta.

## III

Santa Isabel de Hungría se va hasta el año que viene y San Félix de Valois corre a tutelas a los cinco hombres que mató la madrugada en el patio de la cárcel provincial. Uno de aquellos hombres tiene un hermano preso en la misma cárcel. Antes de morir pide al juez que sean borradas las huellas de su sangre en el suelo. La sangre clama por la sangre. Las manchas fueron palideciendo con el tiempo...

#### IV

**Hubo un instante aquella noche en que todos los niños  
se desvelaron, todos los pájaros contuvieron su blando  
respirar, todas las mujeres del mundo dieron una vuelta,  
estremecidas, entre las blancas sábanas.**

**Con negra llave, el aposento frío  
de su tiempo abrirá,  
y dentro de él -aquella noche- se encontraron cinco  
misterios resueltos de repente.**

#### V

**La tierra estaba fría, y contra la tierra -trágico sino de  
quienes mueren de golpe- el cuerpo entrega su último  
y ya débil calor.**

**Y dura y contra ella -funesto tributo de los  
desplomados- las carnes se azotan cuando,  
derribadas, aún están en el morir.**

#### VI

**-Tened ánimo, muchachos. Esto es un momento nada  
más. Vamos a una vida mejor.**

**Estaba sereno y ligeramente pálido.**

**Era su última gran ocasión. Triunfó porque estaba  
señalado por Dios.**

**¡Tened ánimo, muchachos! Morimos por España.**

**¡Arriba España!**

#### VII

**Dijo San Juan de la Cruz que el corazón del malo es el  
mar cuando hierve.**

**Pero ese corazón, que es el mar hirviente, tembló de  
pavor, cuando el crimen se consumó.**

**Quizá alguien sonriera entonces. De su sonrisa salieron  
pobres, tímidas, asustadas razones.**

**M. Ibon Delbos en unión del presidente del Consejo M.  
León Blum, se lamenta haber pedido tarde el indulto al  
gobierno de Madrid.**

## VIII

**Europa paga su culpa. Porque la justicia de los siglos -ya sabéis, ojo por ojo y diente por diente- es algo que no falla jamás.**

**Y aquella noche fue la noche en que Europa perdió el corazón.**

**Dos noches antes, en un sombrío escenario, un hombre se afanaba escribiendo.**

**Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía...**

## IX

**En el Castillo de Santa Bárbara dos presos conversan. Ante ellos -capa de fanfarria pintando, levemente, el remordimiento- un miliciano pasea. Viste abrigo de corte inglés, de color gris ceniza.**

**-¿Conocías a José Antonio?**

**-Sí.**

**¿No recuerdas ese abrigo?**

**La prenda fue el guante de desafío que supieron recoger. El reto que les sirvió para tapar sus carnes.**

## X

**Y la sangre aún sin verter, la sangre jamás encauzada, la sangre que fue hallada en aquella ciudad, tres años más tarde...**

## XI

**...En aquella ciudad, donde ni luz de antorcha, ni ruido de muela, ni voz de esposo, ni de esposa, ni de maestro de arte alguno, sonar de cítaras o de trompetas se oirá jamás.**

**Porque en ella...**





La obra de **Ramón de Basterra** (Bilbao 1888-Madrid 1928) hay que hervirla a fuego lento para destilarla de bizkaitarrismo. Después de pasada por el serpentín se deja enfriar y se guarda en frascas de medio litro que hay que degustar siempre en trago corto. Precursor, vidente y profotalangista, el corpus basterriano arrastra todos los marbetes para mantenerlo oculto bajo las siete llaves.

Con todo, tenemos que recordar que hace noventa y cinco años que Basterra pronunció en el Ateneo de Sevilla —imagino que en la calle Rioja— aquella exaltación de Trajano, primer conquistador español y fundador de Oriente. La llama con que Trajano incendia la Dacia en aquellas [hogueras romances](#) ganándola para Roma, la portaría en una lucerna desde la Bética, por lo que cabe suponerla alimentada con el aceite del valle del Guadalquivir.

Antes que Cortés y que Almagro, Basterra reivindica para Marco Ulpio Trajano el equilibrio en la conquista, el contrapeso entre el coraje y el

pensamiento, entre las armas y las letras, que es el equilibrio que mantiene simbólicamente en pie la columna del Foro.

Rizando el rizo, reconoce en el italicense características netamente hispanas como serían la delicadeza y el culto a la madre, y en un probable raptó de localismo meridional, como queriéndose ganar el fervor del auditorio, llega a decir que hasta el busto de Trajano del museo del Capitolio en Roma tiene toda la cara del torero Lagartijo. La crónica de la conferencia aparecida en *El Pueblo Vasco* el 8 de mayo de 1921 no nos confirma si Ramón de Basterra llegó a salir a hombros del local.



Ciertamente, lo más inquietante del Psoe es lo que está por debajo de Pedro Sánchez. Como será. Y empezando por lo inmediatamente debajo. Así, esta Adriana Lastra, número dos del partido, cuyas intervenciones

públicas se cuentan por éxitos. Hace un par de días dijo que Albert Rivera era como José Antonio Primo de Rivera. Probablemente, y tras poner mucha atención, se habrá fijado en que compartían parte del apellido y se decidió a aprovecharlo. Así funcionan hoy los argumentarios. Eligió Lastra una manera onomástica de llamarle fascista al líder de Ciudadanos. José Antonio fue un dirigente falangista español, joven y carismático. Su más importante rasgo biográfico fue su muerte. El 20 de noviembre de 1936 lo fusilaron en la cárcel de Alicante. Para entretener el tiempo, había dedicado sus últimos días a la elaboración de un gobierno de reconciliación nacional que gestionara el fin de la guerra. **Lo interesante, para la formación de Lastra, es que el gobierno que dio el enterado a la sentencia de muerte estaba presidido por el socialista Largo Caballero.** El mismo hombre y socialista al que José Antonio salvó años antes la vida al prohibir la ejecución de un atentado falangista.

Pero si Lastra menciona la soga en la casa del verdugo es porque el fusilamiento de José Antonio es anecdótico para la opinión. Las circunstancias trágicas de algunas biografías suelen blindar al sujeto. No es fácil que un fusilado se convierta en un insulto. Ahí está el caso de Lluís Companys, presidente de la Generalidad de Cataluña. Su responsabilidad en la muerte de miles de personas durante la guerra civil está probada. **¿Pero quién se atrevería hoy a insultar a un político utilizando el nombre de Lluís Companys, fusilado por Franco, después de que la Gestapo se lo entregara vivo?** Companys murió gritando: "Per Catalunya!". José Antonio gritando "¡Arriba España!" y escribiendo un testamento en una de cuyas últimas líneas decía: "Que sea la mía la última sangre española vertida en discordias civiles". Los dos tuvieron lo que los españoles (y no los italianos, ¡que no conocen el refrán!)

llaman un *bel morire*. Pero no es cierto, como sigue el refrán, que «un bel morire tutta una vita onora». No siempre la muerte indulta a la vida. Hay mártires como Companys y hay fascistas como José Antonio. Unos siguen limpios, vivos y nimbados en los altares. De otros se sigue aprovechando su estiércol para ensuciar la cara del primero que pase y lo merezca.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a [fundacionjoseantonio@gmail.com](mailto:fundacionjoseantonio@gmail.com)